

Filosofía y Cristianismo hoy

Es un problema siempre renovado el de la legitimidad de una actitud auténticamente filosófica dentro del cristianismo. Los racionalistas o los filósofos laicistas de todos los tiempos se han resistido a admitir una solución positiva. O bien rechazan el cristianismo, o bien la posibilidad de una actitud filosófica dentro del mismo. Si el problema quedase en el plano de la pura especulación, conservaría ciertamente gran interés, ya que se trata de la relación esencial entre el hombre y la religión; pero cuando ya influye en una actitud práctica, que tiene especiales aplicaciones a los problemas de la cultura y de su orientación entre nosotros, y da origen, por ejemplo, a una política cultural y religiosa determinada, es necesario que el interés se acrezca y que la urgencia de volver sobre él sea más imperativa. En América Latina estamos frente a este problema, que no solamente es mantenido al vivo en algunos sectores filosóficos, y tuvo algunas resonancias en el Congreso de Filosofía celebrado en Méjico en enero de este mismo año, sino que deja sentir su influencia en determinados planes de política cultural y educativa. Tales planes se basan en una solución negativa de las relaciones "filosofía y cristianismo", y por ello creemos necesario volver a aclarar estas ideas y fijar nuevamente la posición de la filosofía católica y de los filósofos católicos, precisamente en cuanto filósofos.

Concretemos ante todo la dificultad en el plano en que suele proponerse. En el fondo, se presenta como una **actitud crítica** contra una **actitud dogmática**. Recordemos que estamos situados en un **plano filosófico**, y que, por lo tanto, hablamos de una actitud crítica filosófica frente a una actitud dogmática filosófica. Desde este punto de vista solía afirmarse antes de conocer bien a la Edad Media, que ella fué un abismo, un vacío en la historia de la Filosofía. Precisamente porque durante la Edad Media la filosofía había adquirido una actitud dogmática. La Edad Moderna se presenta así como la liberación filosófica. La liberación de la razón humana encadenada por las ataduras del dogma cristiano.

Esta dificultad se agrava con la consideración, tan repetida, de que para los católicos no solamente en la Edad Media, sino aun en nuestros días, la filosofía está subordinada a la teología. El elemento racional, que es característico de la filosofía, está oprimido en el católico por el enorme peso del dogma y de la tradición. La autoridad pontificia da normas para todo pensador católico. Y lo curioso es que estas normas no sólo afectan a los dogmas estrictamente tales, sino a doctrinas extradogmáticas, pero que se las considera en alguna relación con el dogma (Véase, por ejemplo: Concilio Vaticano, Sesión III, cap. IV, Cánones). Como por otra parte las líneas fundamentales de toda filosofía tiene siempre algo que ver con el dogma, resulta que el pensador cristiano está sustancialmente encerrado en una cárcel no sólo dogmática, sino también de autoridad y de tradición extradogmáticas, pero de las cuales no se puede librar sin ser sospechoso de herejía y revolucionario peligroso. El creyente ha absorbido al filósofo.

El fundamento de esta esencial dificultad contra la llamada filosofía católica o filosofía de los católicos, es real y consiste precisamente en el carácter sobrenatural con que se presenta la Iglesia Católica, con sus dogmas estrictamente definidos y con su tipo de organización dado también a la Iglesia con el mismo carácter sobrenatural y dogmático con que debe admitir un católico, por ejemplo, el dogma de la Trinidad o la Encarnación. Porque son también dogmas, y dogmas definidos, la constitución jerárquica de la Iglesia Católica y la infalibilidad personal del Sumo Pontífice en las definiciones dogmáticas.

Ante estos hechos reales, la solución de los filósofos no cristianos a nuestra dificultad es negativa.

En cambio, los filósofos cristianos siempre han mantenido la solución positiva, es decir, que estas limitaciones reales del pensador cristiano no afectan a una auténtica actitud filosófica. Más aún, es la auténtica actitud filosófica. Expliquemos esta actitud, que a primera vista podría parecer contradictoria. La solución entre los católicos tiene dos aspectos: unos insisten en la total distinción de órdenes filosófico y teológico o dogmático, con la sola excepción de la llamada "norma negativa" de la fe para la filosofía. En esta actitud la filosofía aparece lo más separada posible de la teología, y se pone de relieve la tendencia a acentuar la autonomía característica de la filosofía frente al dogma. Tal es, por lo menos, en teoría, la expli-

cación de Santo Tomás de Aquino, quien acentuó la existencia de objetos formales distintos de la ciencia filosófica y la teológica, y, por lo tanto, de los dos órdenes de conocimiento filosófico y teológico, independientes entre sí, y unidos sólo por la llamada no contradicción entre ambos. Precisamente en esta acentuación de la separación de la filosofía y de la teología, de la razón y de la fe, Gilson ha llegado a ver en Santo Tomás una preparación del espíritu característico de la Edad Moderna, que al exagerarla disoció radicalmente el pensamiento filosófico de toda autoridad dogmática.

Es evidente que, para esta actitud de distinción teórica, la solución al problema de la autonomía del filósofo cristiano en cuanto tal, es más sencilla en teoría; pero ni resuelve la dificultad central que surge de la "norma negativa", ni enfoca el problema histórico real del filósofo católico.

Pero otros, más realistas, atendiendo a la historia de la filosofía entre los católicos, reconocen el hecho de que dentro de la distinción teórica de los órdenes de conocimiento filosófico y teológico, ha existido de facto una subordinación positiva, en muchos aspectos, del filósofo al teólogo, y, naturalmente, una subordinación negativa en todos.

Nosotros no queremos en este punto justificar los excesos que en la práctica haya habido por parte de aquellos católicos, que desde los primeros siglos de la Iglesia, y a través de toda la Edad Media y aun en los tiempos modernos, han sacrificado limpiamente la razón al dogma.

No solamente no los defendemos sino que es necesario constatar que la Iglesia católica ha condenado expresamente tales teorías en sus manifestaciones más agudas, como las del fideísmo y tradicionalismo en el siglo pasado.

Tampoco podemos justificar la actitud de algunos filósofos católicos, antiguos o modernos, en quienes el peso de la tradición, o el de la autoridad, ejerce prácticamente una influencia absorbente tal que aun en el plano estrictamente filosófico es de hecho la tradición o la autoridad externa de un determinado autor o escuela la que decide sobre sus soluciones, sus métodos y su espíritu filosófico. No tenemos derecho a excluir ni menos a condenar las simpatías personales por un determinado autor o escuela. Cada uno es perfectamente dueño de seguir las doctrinas, escuelas o autores que a su juicio más se acerquen a la verdad. Pero fuera de la sustancial sumisión que la Iglesia pide a todos los católicos en las materias dog-

máticas o con ellas relacionadas, todo lo que sea ampliar con carácter obligatorio la zona de la autoridad de un filósofo o de la tradición de una escuela, no solamente no puede proponerse como doctrina de la Iglesia Católica, (que en este campo ha dejado libertad), sino que es contrario a sus deseos de que una justa investigación libre contribuya al progreso de los conocimientos humanos. Sin contar que una actitud demasiado estrecha de parte de algunos católicos no hace ningún buen servicio a la Iglesia misma ante los no católicos.

Pero queremos tomar el problema y sus dificultades en su aspecto más realista, es decir, en aquel que no solamente acepta la llamada "norma negativa", sino también ciertas influencias positivas del dogma, de la autoridad eclesiástica y de la tradición en la orientación del pensamiento del cristiano y del filósofo, aunque dejándole libertad en las cuestiones no relacionadas con el dogma.

Veamos pues lo que a este respecto nos dice la filosofía católica, y si es justificable como filosofía:

- a) Es un hecho que el filósofo católico tiene limitada la "zona de lo opinable" por una "zona dogmática".
- b) Es un hecho también que además de la zona dogmática estrictamente tal, rodea al católico un ambiente de tradición del pasado y de orientación magisterial presente: ésta procede de parte de la autoridad eclesiástica, a fin de mantener en estado de seguridad (tuto) y alejado de los peligros de la defección en el dogma.

Negar estos hechos ante los filósofos no católicos, o querer probarles que ellos no afectan al plano filosófico, es inútil e impropio. Sus ojos les dicen lo contrario.

Lo que importa, pues, y es el único método sincero y limpio, es ver si son justificables estos hechos, incluso en el plano filosófico. Puestos en este plano, es posible un diálogo con los filósofos no católicos, que tienen escrúpulos en este problema.

Ahora bien, a) suponemos que todo filósofo en cuanto tal, ha de aceptar la verdad donde la vea suficientemente bien fundamentada. Negar lo contrario sería caer en un irrazonable escepticismo o en una arbitraria selección de las verdades que simpatizan con cada uno.

b) Admitimos por lo tanto la actitud crítica, como carac-

terística del filósofo, 1) en cuanto no debe aceptar lo que no está suficientemente fundado; 2) en aceptar lo fundado; 3) en mantenerlo mientras siga apareciendo como tal; 4) y finalmente en rechazarlo o sujetarlo a nueva crítica cuando se advierte que está mal fundado.

He aquí lo que entendemos por actitud crítica filosófica, en que esperamos coincidan nuestros colegas filósofos.

c) Pero no se puede negar —sin desconocer la misma doctrina— que el católico, —filósofo, y como filósofo—, funda filosóficamente los motivos por los que admite la existencia de una zona dogmática. Todos sabemos que los “preámbulos de la fe” son “razonables”. Y, por otra parte, una vez admitido el plano sobrenatural dogmático, y legitimado filosóficamente, es ya lógico, dentro del dinamismo racional, que actuó en sus consecuencias de acuerdo con la infalibilidad de Dios y con el carácter de infalibilidad que se atribuye a la Iglesia.

d) El problema viene así en definitiva a un campo estrictamente filosófico, y se plantea no sólo para el filósofo católico, sino también para el no católico: ¿es filosófico (legítimo en filosofía) admitir la posibilidad (y, en caso de que se pruebe históricamente, el hecho) de una auténtica revelación dogmática?

Afirman los católicos. Niegan los no católicos. Pero el problema, sus fundamentos y su solución no salen del plano filosófico; de donde resulta que si los no católicos se creen filósofos siempre, porque no admiten el dogma en virtud de sus razones, los católicos pueden creerse también siempre auténticos filósofos porque lo admiten y porque lo mantienen en virtud de sus razones. Lo que no se puede negar sin una evidente incomprensión o cortedad de perspectiva, es que un católico al admitir y al mantenerlo no pueda tener una auténtica actitud crítica filosófica.

Pero debemos avanzar más todavía, e insistir en que esta actitud es la única auténtica filosofía. Es decir, que entre las soluciones dentro del plano filosófico de la razón y de su libre investigación de la verdad, sin trabas ni prejuicios, es precisamente la del católico la más auténtica filosofía, la única auténtica, en sus resultados, y también en la limpieza de sus métodos.

Con toda la consideración que nos merecen la sinceridad o buena fe de algunos de nuestros colegas, hacemos las siguientes reflexiones, que juzgamos tener un sólido fundamento humano y filosófico: a) Negar la posibilidad del dogma, simple-

mente o **a priori**, es la actitud típicamente racionalista. Pero estudiemos la legitimidad de tal actitud. Por grande que se imagine el círculo de la inteligencia humana, por más que se lo vaya agrandando en sus conquistas, tropezamos siempre con lo irracional, o superrracional, tanto en extensión como en profundidad, en nuestros estudios de la naturaleza, del cosmos, y del hombre. Es decir, tropezamos siempre con la "zona misteriosa". Sólo un ingenuo optimismo racionalista puede creer en la utopía de la diosa razón. La desesperación y el fracaso en la solución de los repetidos misterios que el hombre encuentra en sí mismo y en cuanto lo rodea, es la tragedia de la razón humana.

b) Ahora bien, frente a esta tragedia caben tres actitudes:

1) o bien se **estrecha el misterio** para hacernos la ilusión de que lo podemos encerrar dentro del círculo pequeño de nuestra razón, (y entonces damos una solución ilusa y pobre);

2) o bien se **estrella contra el misterio**, reconociendo que el hombre es incomprensible, y entonces llegamos al hombre-caos, al hombre-absurdo, (y resulta la solución trágica atea);

3) o bien se **reconoce la realidad desbordante del misterio**, y estamos entonces llevados por la filosofía a la "zona dogmática", (que es la solución realista teísta y cristiana, propiciada por filósofos católicos, tan filósofos, tan católicos y tan modernos como Mauricio Blondel o Gabriel Marcel).

Como hombres, como filósofos, estamos rodeados del misterio, estamos siempre amenazados por el dogma, cuando Dios quiere revelarnos algo de ese misterio. Querer huir de él es para el filósofo un imposible, como lo es para el hombre el querer huir de Dios. Parafraseando la célebre frase de San Agustín, de que para el hombre "huir de Dios" es "huir dentro de Dios", podemos decir que para el filósofo "huir del misterio" es "huir dentro del misterio".